

Comentario al libro:

“Vuelta en U: Guía para entender y reactivar la democracia”

Iovana Rocha Cano*

1. Presentación

El libro que hoy nos convoca, “*Vuelta en U: Guía para entender y reactivar la democracia*”, del doctor Sergio Aguayo Quezada, aborda una suficiente revisión histórica de los hechos que, en una visión de conjunto, nos permiten apreciar a la democracia como una recurrente aspiración social, en la medida en que no se establece, con procesos sucesivos de aproximación y distanciamiento, según resulta más conveniente a las élites del poder.

Este documento retoma una de las tesis fundamentales del historiador Lorenzo Meyer, “la Revolución Mexicana no destruyó la naturaleza autoritaria de la vida política mexicana, la modernizó”, y nos permite identificar constantes que no hemos logrado superar. Al grado de mostrar cómo esas élites han podido anular o relativizar diversos avances democráticos y obligar al país a dar una “vuelta en U”.

Ha habido avances, sin duda, y el texto en comentario nos permite apreciarlos. Pero en relación a ellos también han existido grandes pérdidas o

* Maestra en Política y gestión pública por el ITESO, Licenciada en Administración Pública por la Universidad de Guanajuato, cuenta con los estudios de la Maestría en Marketing Estratégico en la Universidad Iberoamericana León. Actualmente colabora en el Gobierno Municipal de Guanajuato.

extravíos, hasta obligarnos a una suerte de ejercicio de contricción. Es ese balance el que nos permite visualizar los procesos que debemos retomar y lo arduo del camino que como sociedad tendremos que recorrer. Así, podemos identificar que la apuesta medular de la presente reflexión es la demostración, y por ende el convencimiento de que la transición ha sido una obra colectiva que trasciende lo electoral, y así tendría que seguir siendo.

2. La transición

Hay un tema transversal que me interesa destacar: La demostración, según los hechos históricos, de que en las últimas décadas el Estado Mexicano ha sido sacudido por las exigencias sociales de democratización, de modernización política, de redimensionamiento de su organización y de sus funciones para que pueda dar respuesta a demandas colectivas, unas con un gran atraso histórico y otras nuevas, lo que configura un enorme pasivo.

Esa incapacidad ha redundado en una gran erosión y desgaste de legitimidad de las instituciones públicas, ya sean ejecutivas, judiciales, parlamentarias e incluso las de carácter híbrido, que tienen el apodo de “ciudadanizadas”. Su carácter vertical, al lado de su ineficiencia, impone una casi inexistente relación con la ciudadanía más allá del momento electoral. Hoy parece que la razón de ser de las instituciones de gobierno son ellas mismas.

Por ello, en la actual circunstancia, con un Estado a la defensiva, incapaz de responder a la demanda social, rebasado por la delincuencia y rebosante de corrupción, impunidad e ineficiencia, la participación de la sociedad en la cosa pública se plantea como la única salida. Hablamos de una suerte de democracia eficiente, que incluye a la electoral pero no se agota en ella. Ése es, quizás, el desafío más importante en la renovación sexenal de la esperanza que nos sobrevendrá en 2012.

Podemos ver por qué el momento nos exige tanto como sociedad. Superada la euforia de las elecciones del emblemático año dos mil, cuando incorporamos al lenguaje común palabras como “alternancia”, “transición”, pronto nos pudimos percatar de la falsa promesa de que las cosas cambiarían con el mero desplazamiento del PRI. El llamado “sexenio del cambio”, dice el autor, “no mejora la calidad de la democracia ni se erradica la cultura de la corrupción y el fraude”. Irónicamente, hoy estamos ante la posibilidad de que el PRI regrese a Los Pinos por la vía electoral y ponga en escena la restauración.

Se comprende, por ello, muy bien la invitación del doctor Aguayo a identificar por qué regresó al vocabulario de las nuevas generaciones la palabra “fraude”, por qué la transición vive una regresión, y, más importante aún, a responder a la cuestión: ¿Qué podemos hacer los indignados de hoy, que ya podríamos ser muchísimos más que los indignados de ayer, para impedir los retrocesos y actuar nuevos episodios de evolución y consolidación democráticas?

Para fundar sus propuestas, centradas en la competencia electoral por el poder, el autor analiza la evolución del sistema político-electoral a partir de 1979. Los cambios que entonces empezaron no fueron de naturaleza fortuita, ni concesiones de buen grado, sino resultantes del reacomodo de variables gestadas desde movimientos sociales y la incansable oposición partidista. El gobierno, para ampliar su capacidad de maniobra y no ver mermada su base política, buscó dar respuestas a través de sucesivas reformas electorales que fueron dando cuerpo a un sistema de partidos, lo cual resultó en modificaciones en los órganos de representación y gobierno.

A fin de comprender esos cambios, y su continuación, el autor hace una propuesta teórica que identifica cinco variables. La primera es la consideración de los cambios en la estructura económica, y ahí establece “la hipótesis sobre el futuro” al señalar que la capital del país puede adquirir un papel fundamental en la refundación de la democracia.

La segunda involucra el debilitamiento del bloque histórico gobernante, las crisis económicas, las disputas por el poder y el fortalecimiento de los gobernadores. Ahí explica el presidencialismo autoritario y su debilitamiento por la interacción de múltiples variables, así como el papel de los sucesivos modelos económicos como factores que han tendido a aumentar la desigualdad social.

El incremento de la autonomía de las personas y grupos, tercera variable, ha tendido a reducir el peso de la maquinaria autoritaria, con las demandas de representación política y de eficiencia del poder público para satisfacer muy diversas necesidades sociales. El sustrato político se podría interpretar bajo la moderna premisa de que en las sociedades democráticas la participación ciudadana es la pareja indispensable de la representación política. Esto supone la combinación entre un ambiente político democrático y una voluntad individual de participar.

Se suman al modelo las variables del factor externo, como la determinante ubicación geopolítica de México. Para el autor, “la transición se beneficia de una modificación fundamental en la forma como nos relacionamos con el mundo... y en este sentido, el sistema político de partidos se modifica en la medida en que la oposición mexicana encuentra respaldos que antes se le negaban”.

El papel de la información, las ideas y las negaciones es determinante, pues la transición mexicana se facilita con la incorporación de nuevos valores en su base social, que forjen una nueva conciencia de rumbo.

3. El nodo electoral

En este recorrido para entender los avances o retrocesos de la transición, el autor nos remite a una reflexión histórica que cobra fuerza en la antesala

preelectoral del 2012, la intermitente presencia del fraude electoral, con la sombra de 2006. ¿Cuál será esta vez su valor como insumo de la indignación como para impedir que los retrocesos se consoliden? Aguayo reconoce una de nuestras grandes imposibilidades sociales: “los menos favorecidos dan menos importancia a la democracia. En un país como el nuestro... esto cobra sentido, la supervivencia importa más que los derechos”.

Aunque el autor reconoce particularidades entre las elecciones presidenciales calificadas como fraudulentas o irregulares, 1910, 1929, 1940 y 1952, registra elementos que les son los son comunes:

- Intervención del gobernador con el uso de fondos públicos y la coerción
- Participación ilegal de los empresarios y otros actores sociales
- Control y manejo intencionado de la información
- Manipulación de la legislación electoral y parcialidad o tibieza de los árbitros
- Complicidad de la comunidad internacional
- Mecanismos de negación del fraude por parte del gobierno, los intelectuales, los ciudadanos...

Hoy, lamentablemente, en las elecciones federales y en varias locales

de 2006 y posteriores, podemos identificar éstos y otros elementos de fraude, así como algunos nuevos de simulación y defraudación electoral, con la irónica complicación de las entidades “independientes”, institutos y tribunales electorales que lo impedirían. Para 2012, el panorama amenaza con empeorar, vista la encarnizada competencia que, incluso ilegalmente, ya está en curso.

El país ha sido llevado, de nueva cuenta, a la vieja trampa, por los reflejos históricos del sistema, de concentrar toda demanda social en la expectativa de solución a través de los procesos electorales. Ello, incluso, a despecho de las sucesivas demostraciones de que, una vez y otra, no se trata sino de simples promesas, luego incumplidas.

En palabras del autor, “son las fallas estructurales de la democracia las que enturbian las elecciones... erramos al darle tanta importancia a las elecciones limpias y confiables y al desatender otros aspectos centrales para la democracia como la seguridad económica y física”.

4. Por ser tan importante, no se debe dejar a la democracia en manos de los políticos

Compartimos aquí con el doctor Aguayo la gran interrogante de nuestro tiempo: ¿Cómo reactivar la transición, una vez identificados sus elementos de estancamiento?

Y su propuesta, que considero absolutamente pertinente, la participación ciudadana, merece ser ampliada, e incluso, en el caso de Guanajuato, “tropicalizada”. Porque necesitamos una ciudadanía “militante”, si se me permite decirlo así, que internalice y actúe los valores que queremos como sociedad, en términos de democracia política y equidad social, para que intervenga en todos los frentes y de manera regular.

Es correcto identificar a las organizaciones sociales como sujetos de cambio, pues “han oxigenado la cultura política y han visibilizado nuevos valores sociales en la agenda comunitaria”. Hablamos, pues, de organizaciones que exigen procesos electorales democráticos, pero también de las que promueven y defienden derechos humanos, causas medioambientales y causas filantrópicas, derechos comunitarios, la transparencia y el derecho a la información, los derechos de las mujeres, los niños, los migrantes, las personas de la tercera edad...

Es acertado exhortar al compromiso de los que puedan canalizar su inconformidad participando en el diseño de una agenda para regenerar las elecciones, por el valor de la coyuntura, que incluya el retorno de la confiabilidad en las elecciones, el fortalecimiento de los organismos electorales como actores clave, la generación de un diálogo entre sociedad y gobierno, trascender el monitoreo de lo electoral a las gestiones de gobierno, etc.

Sin embargo, y dadas las duras lecciones, además de la vigilancia a las tareas de los gobiernos que resulten, será conveniente que para esta vez también nos propongamos la permanencia de las organizaciones sociales en sus reivindicaciones particulares, para poder oponer soluciones y mantener canales con las instancias públicas, sin detrimento de su independencia.

La Ciudad de México, como ejemplo de vanguardia en la transición, es útil para detonar y replicar en el país a fin de refundar la democracia. Sin embargo, esto abre el desafío para que, por ejemplo, en Guanajuato, impulsemos modos de organización social específicos, pues se trata de un estado con grandes diferencias entre regiones, culturales y económicas, aunque todas permeadas por la desigualdad.

En muchos casos hay que empezar desde muy atrás, y en otros prácticamente de cero, pues no hay ni antecedentes ni tradición de organización social. Hoy mismo, las organizaciones sociales son muy escasas, y casi en todos los casos de precaria sobrevivencia. A ello se agrega un recurso perverso del gobierno: la suplantación, pues se arroga el derecho de reconocimiento, y luego de construir una correa de transmisión por medio de subsidios dirigidos.

Pero eso podemos hacer: promover la organización social independiente, visibilizar su conveniencia y sus valores, así como ayudar a su estructuración y

funcionamiento. Me refiero a la responsabilidad que debemos tener desde las universidades, al lado de otras entidades que debieran compartir la causa, como los medios de comunicación y las organizaciones sociales preexistentes.

Gracias, doctor Aguayo, por ayudarnos a escalar un peldaño más en la comprensión de lo que como ciudadanos podemos hacer para contribuir a que México identifique sus caminos de liberación y sea consciente de que está en sus manos hacerlo.